

Nuevas historias de nacionalistas vascos

Andrés de Blas Guerrero

JON JUARISTI

Sacra Némesis

Espasa Calpe, Madrid 316 págs. 2.500 ptas.

Jon Juaristi se plantea en esta continuación de *El bucle melancólico* abordar la aproximación al nacionalismo vasco de las últimas décadas. En esta aproximación es tributario de Conor Cruise O'Brien más allá de la presencia de las voces ancestrales, de las deudas de sangre con el pasado o del juego sacrificial de doble sentido entre nacionalismo y religión. Es la técnica del libro la que aproxima *Sacra Némesis* a *Voces ancestrales* del autor irlandés; son los retornos a lo vivo y cercano, que «nada tienen que ver con una obsesión, sino con el principio empirista que parece fundamentar toda su actividad política y literaria» (palabras del prólogo de Juaristi a la edición española de «Voces ancestrales»). Es este recurso a la biografía vital e intelectual del propio Juaristi el que alienta una parte fundamental de *Sacra Némesis* aportándole el grueso de su originalidad. Esto es plenamente visible en los dos capítulos iniciales, en los que se aproxima a la reconstrucción del discurso nacionalista a la sombra de Urquiola y la «amatxo» de Begoña, pero avanzado el libro, volverá el aliento personal al primer plano como guía de la escritura.

El capítulo dedicado a la muerte de Javier Echevarrieta y Melitón Manzanos plantea la necesidad de la violencia en la visión histórica y el discurso político de ETA y pone al descubierto, además, al compás del asesinato de M. Manzanos, el socorro del nacionalismo moderado en este camino: «Pero la contribución izquierdista al terrorismo etarra palidece junto al sostén fraternal que éste ha obtenido del nacionalismo moderado, presto siempre a acudir en su ayuda cada vez que advierte en la organización armada síntomas de debilidad» (pág. 136). La relación instrumental con que se contempla el intercambio entre nacionalismo y revolución, una línea en la que insiste el libro comentado, es algo anticipado ya, sostiene el autor, en la biografía de Echevarrieta.

Aborda después brevemente el retrato de Argala e *in extenso* el de Telesforo Monzón, el hombre que «por encima de esas miserias, se las arregló siempre para caer bien a los que se quedaban con el arsenal», quizás el personaje de mayores potencialidades literarias del libro. A propósito de las andanzas de Monzón-Légasse-Larzabal y de sus antecedentes políticos dentro de la ortodoxia comunionista, confiesa Juaristi su identificación con un nacionalismo plebeyo representado por Elías Gallastegui y el grupo Jagi-Jagi, del que le llegan las más directas voces ancestrales. Un reconocimiento que está dispuesto a aceptar, sin embargo, la pulsión fascista que puede caracterizar al nacionalismo popular vasco. Los dos capítulos siguientes son los que acusan más directamente la debilidad que atraviesa al presente libro. Se trata del dedicado a los comandos autónomos y a su mentor ideológico Emilio López Adán («Beltza») y a Xosé

Azurmendi, con el retorno a Jon Mirande y el tratamiento del doctorado *honoris causa* a Jünger. La debilidad no es otra que la elección del objeto de crítica por parte del autor. No es lo mismo vérselas con Unamuno, Sabino Arana o el propio Gallastegui, interlocutores preferentes de *El bucle melancólico*, que establecer el diálogo con López Adán o Azurmendi. En defensa de Juaristi puede alegarse que se trata uno con los que tiene delante. Pero es innegable que el debate intelectual viene fatalmente condicionado por el nivel de estos y otros interlocutores del reciente nacionalismo vasco. Es significativo en este sentido que el capítulo dedicado a Monzón supone la recuperación de la capacidad de crítica incisiva del autor, enfrentado a un personaje de auténtica entidad.

El balance final de *Sacra Némesis* es pesimista. Registra, en primer lugar, el triunfo del nacionalismo étnico: «No se trata ahora de construir la "Euzkadi para Dios" del aranismo, ni la "Euzkadi socialista" del nacionalismo revolucionario, sino de la construcción de Euskal Herria; una nación étnica cuyo único fin es ella misma». En segundo lugar, subraya la falta de resistencia a esta marea nacionalista por parte de una sociedad vasca y española, incluido el Estado que debería defender a ambas, anonadadas ante un nuevo orden cuya aceptación no es excesivamente cara en términos estrictamente individuales. Quizás esta conclusión pesimista pueda ser objeto de discusión. Juaristi infravalora las posibilidades transformadoras de una situación de paz que puede suponer una nueva floración de pluralismo vasco constituido en dique contra la marea. Igualmente, el autor minusvalora la resistencia presente de una sociedad vasca y española a un estado de cosas que también puede ser visto como la traca final de una ofensiva nacionalista que quema sus últimos cartuchos tras la derrota policial y política del terrorismo. En todo caso, se hará bien en no echar en saco roto un diagnóstico fundado, por pesimista y exagerado que pueda resultar, acerca de la actual vida política vasca.

En conexión con esta visión pesimista del autor, quisiera referirme, por último, al limitado reconocimiento que puede detectarse en el libro del esencial pluralismo que caracteriza a la sociedad vasca. Se trata de un pluralismo que se extiende también a unas «voces ancestrales» que el autor recibe desde una parte del pasado vasco conectada con la protesta nacionalista. Una legítima audición que no impide, sin embargo, la percepción de otras voces y otra herencia que conecta con igual fidelidad con una compleja tradición vasca, más rica, sin duda, que la correspondiente al caso irlandés. No son las voces percibidas por Jon Juaristi las únicas que resuenan en los oídos vascos. Más exacto sería reconocer que existe una sinfonía de voces que vienen del pasado. Elegir unas con preferencia sobre otras es una opción legítima en tanto no se pierda de vista esa complejidad de los orígenes que alimenta la presente situación de pluralidad.